

DAVID ARMITAGE

LAS GUERRAS CIVILES

Una historia en ideas

Traducido del inglés por
Marco Aurelio Galmarini

ALIANZA EDITORIAL

Título original:
Civil Wars: A History in Ideas

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 2018 David Armitage. Todos los derechos reservados.

© de la traducción: Marco Aurelio Galmarini, 2018

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2018

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-050-6

Depósito Legal: M. 584-2018

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

ÍNDICE

NOTA	13
INTRODUCCIÓN. PRESENTACIÓN DE LA GUERRA CIVIL	15

PRIMERA PARTE CAMINOS DESDE ROMA

1. La invención de la guerra civil. La tradición romana	43
2. La memoria de la guerra civil. Visiones romanas	71

SEGUNDA PARTE LAS PRIMERAS ENCRUCIJADAS DE LA ERA MODERNA

3. Guerras civiles incívicas. El siglo xvii	105
4. Guerra civil en una era de revoluciones. El siglo xviii	135

TERCERA PARTE SENDEROS AL PRESENTE

5. Intentos de civilizar la guerra civil. El siglo xix	175
6. Mundos de guerra civil. El siglo xx	211

CONCLUSIÓN. GUERRAS CIVILES DE PALABRAS	249
POSFACIO	257
BIBLIOGRAFÍA	265
ÍNDICE ANALÍTICO	305

In memoriam

Nicholas Henshall (1944-2015)

Christopher Bayly (1945-2015)

¿Guerra civil? ¿Qué significa esto? ¿Hay guerra extranjera? ¿No es entre hombres toda guerra, es decir, entre hermanos?

VICTOR HUGO, *Los miserables* (1862)

Cualquier hermandad de la que sean capaces los seres humanos ha nacido del fratricidio, cualquier organización política que los hombres hayan alcanzado tuvo origen en el crimen.

HANNAH ARENDT, *Sobre la revolución* (1963)

NOTA

De acuerdo con la convención imperante entre los estudiosos de la era clásica y otros especialistas en el mundo antiguo, he empleado las formas AEC (antes de la Era Común) y EC (Era Común) para la indicación de fechas, en lugar de las también utilizadas a. C. y d. C.

En las citas de fuentes originales, he modernizado sin aclaración ciertas grafías en aras de la inteligibilidad, como *i* por *j*, *u* por *v* y viceversa. He mantenido la puntuación y las cursivas.

Cito las fuentes griegas y latinas de acuerdo con la numeración convencional de libros, líneas, etc., que se utiliza en los volúmenes de la Loeb Classical Library.

Las traducciones, salvo indicación en sentido contrario, son mías.

INTRODUCCIÓN

PRESENTACIÓN DE LA GUERRA CIVIL

A partir de 1945, Europa, Estados Unidos y otros países de riqueza comparable en distintos lugares del mundo, como Australia y Japón, han experimentado lo que se ha denominado «Larga Paz». Este período sin guerra entre Estados que siguió a la Segunda Guerra Mundial se presenta hoy como el más duradero de la historia moderna. Previamente, los momentos de mayor calma, al menos en Europa, se extendieron de finales de las Guerras Napoleónicas a la Guerra de Crimea (1815-1853) y de la Guerra Franco-Prusiana en 1871 al comienzo de la Primera Guerra Mundial en 1914, pero la reciente paz internacional en el Norte Global, no obstante la sombra de la Guerra Fría durante gran parte de la misma, ya lleva dos décadas más¹. Las actuales tendencias globales también son alentadoras. En 2016, el último año del que contamos con cifras, se produjeron

¹ John Lewis Gaddis, «The Long Peace: Elements of Security in the Postwar International System», en *Long Peace*, 214-245; Mueller, *Retreat from Doomsday*; Mandelbaum, *Dawn of Peace in Europe*; Howard, *The Invention of Peace and the Reinvention of War*; Sheehan, *Where Have All the Soldiers Gone?*

dos conflictos interestatales, entre India y Pakistán y entre Eritrea y Etiopía, ambos por disputas fronterizas, el último solo duró dos días². A pesar de la intervención rusa en Ucrania y las encendidas disputas en torno a diversas islas del Mar del Sur de China, parece cada vez más probable que la Larga Paz se extienda y llegue a abarcar el planeta entero.

Sin embargo, nuestra era no es un tiempo de paz plenamente tranquilo. El mundo es todavía un lugar muy violento³. En 2016 hubo cuarenta y nueve conflictos armados desde Afganistán hasta Yemen, sin contar actos de terrorismo, insurgencias y otras formas de guerra «asimétrica», que es aquella en que el Estado o sus habitantes se ven atacados por fuerzas no estatales. Las actividades de al-Qaeda antes, y ahora las del Estado Islámico y sus simpatizantes, han llevado el armamento de guerra a las calles de ciudades del mundo entero, de Manhattan a Bombay y de Sidney a Bruselas. Aun cuando los Estados se hallen en paz, difícilmente sus respectivos pueblos pueden sentirse cómodos y seguros ante los efectos de los conflictos que tienen lugar en sitios lejanos, donde tanta gente sufre todavía la guerra en sus propias fronteras. La Larga Paz sobrevive bajo una oscura sombra, la sombra de la guerra civil.

A comienzos de la última década del siglo xx, los teóricos del «fin de la historia» nos aseguraban que el capitalismo y la democracia estaban en condiciones de cubrir el planeta y unificar la humanidad en el disfrute de un comercio floreciente y de derechos seguros. Los partidarios de esa idea defendían la llamada paz democrática, punto de vista según el cual, con la expansión de la democracia vendrá la paz universal porque las democracias (sostienen) no van a la guerra con otras democracias. Estos autores se basaron en los argumentos del filósofo Immanuel Kant (1724-1804), quien se inspiraba a su vez en la larga tradición del discurso ilustrado europeo sobre

² Allanson, Melander y Themnér, «Organized Violence, 1989-2016».

³ Braumoeller, «Is War Disappearing?»; Newman, «Conflict Research and the “Decline” of Civil War»; Sarkees, «Patterns of Civil Wars in the Twentieth Century».

la posibilidad de asegurar una paz duradera⁴. Kant no era ingenuo; observó con ironía que un posadero holandés había pintado las palabras «paz perpetua» en el cartel de su taberna al lado de la imagen de una tumba, insinuando así que la única paz verdadera y duradera sería la del sueño eterno de la muerte. Pero Kant creía que la paz entre Estados no era una «idea hueca», sino más bien «una tarea que, cumplida poco a poco, se acercará constantemente a su objetivo»⁵. No es que la paz perpetua se hiciera más cercana en vida del filósofo. En efecto, Napoleón, el gran general y constructor de imperios, fue coronado emperador tan solo diez meses después de la muerte de Kant en febrero de 1804 y se pasaría el decenio siguiente amenazando al mundo. Poco más de doscientos años después, muchos se atreven a creer que tal vez la humanidad haya superado finalmente el conflicto armado entre Estados; en otras palabras, que, siguiendo a «los mejores ángeles de nuestra naturaleza», podríamos muy bien ser capaces de cumplir el sueño de Kant y al final «ganar la guerra a la guerra»⁶. Sin embargo, rodeados de muerte y destrucción, la paz que tenemos se parece mucho a la paz de la tumba. Y más que cualquier otra forma de conflicto, lo que últimamente ha llenado tumbas no es la guerra entre Estados ni el terrorismo, sino la guerra *civil*.

Gradualmente, la guerra civil se ha convertido en la forma de violencia humana organizada más extendida, destructiva y característica. Las décadas que siguieron a la Guerra Fría fueron testigo del pico culminante de su incidencia. A partir de 1989 ha habido en cualquier momento un promedio de veinte guerras intraestatales simultáneas, unas diez veces más que el promedio anual mundial entre 1816 y 1989. Estas guerras se han cobrado, a partir de 1945, un

⁴ Ghervas, «La paix par le droit, ciment de la civilisation en Europe?».

⁵ Immanuel Kant, «Toward Perpetual Peace» (1795), en *Practical Philosophy*, pp. 317, 351 [*La paz perpetua*, presentación de Antonio Truyol y Serra, ed. de Joaquín Abellán, Madrid, Alianza, 2016, 148].

⁶ Goldstein, *Winning the War on War*; Pinker, *Better Angels of Our Nature*.

total de veinticinco millones de «muertos en batalla», o sea, aproximadamente la mitad de las bajas de la Segunda Guerra Mundial. Pero esta cifra no incluye los civiles heridos, desplazados o muertos, por no hablar ya de los afectados por enfermedades o desnutrición. No menos impresionantes han sido los costes materiales y económicos. Analistas rigurosos del desarrollo global han estudiado el impacto de la guerra sobre el crecimiento tomando en consideración la pérdida de vidas humanas y, en consecuencia, de productividad, así como el valor de los recursos desaprovechados, el gasto militar, la expansión de la delincuencia y la enfermedad y la alteración de las economías vecinas. ¿Cuál es el resultado de este cálculo? El coste anual de la guerra civil fue de alrededor de 123.000 millones de dólares, aproximadamente el presupuesto anual del Norte Global en concepto de ayuda económica al Sur Global. No sin razón, pues, se ha descrito de manera escalofriante la guerra civil como «desarrollo inverso»⁷.

Las guerras intestinas tienden a ser más largas, unas cuatro veces más largas, que las guerras entre Estados, y en la segunda mitad del siglo xx duraron por lo general unas tres veces más que en la primera mitad del mismo. Además, la tendencia a repetirse es mucho más pronunciada en este tipo de conflictos que en cualquier otro, puesto que «el mayor legado de una guerra civil es más guerra civil»; lo cierto es que casi todas las guerras civiles de la última década fueron reanudaciones de guerras anteriores⁸. Las guerras civiles parecen tener lugar de manera desproporcionada en los países más pobres, sobre todo de África y Asia, que el economista del desarrollo sir Paul

⁷ Hironaka, *Neverending Wars*, 4-5; Paul Collier, Lisa Chauvet y Håvard Hægref, «The Security Challenge in Conflict-Prone Countries», en *Global Crises, Global Solutions*, ed. Lomborg, 72, 99, cita; Skaperdas y otros, *Costs of Violence*; Banco Mundial, *World Development Report 2011*; Dunne, «Armed Conflicts»; Hoeffler, «Alternative Perspective».

⁸ Collier, *Wars, Guns, and Votes*, 139, cita; Collier, Hoeffler y Söderbom, «On the Duration of Civil War»; Fearon, «Why Do Some Civil Wars Last So Much Longer Than Others?»; Walter, «Does Conflict Beget Conflict?»; Hironaka, *Neverending Wars*, 1, 50; Banco Mundial, *World Development Report 2011*, 57.

Coller ha denominado «el millar de millones inferior»⁹. Si bien el mundo desarrollado ha disfrutado de una larga paz a partir de 1945, grandes zonas de la población mundial han experimentado un trauma igualmente prolongado. El Centro para el Estudio de la Guerra Civil en Oslo da a conocer todas estas distinciones en su sitio *web*, con el siguiente agregado: «Sin embargo, la guerra civil es menos estudiada que la guerra entre Estados»¹⁰. Es como si debiéramos convivir para siempre con las guerras civiles, así como con los pobres. Y en la medida en que esto sea así, los pobres del mundo serán los más afectados.

Pero la guerra civil no solo se mantendría como un campo notablemente descuidado por la investigación, sino que, como muchos autores han observado, también ha sido estudiada de forma insuficiente desde el punto de vista teórico y se ha mostrado resistente a la generalización. No hay ninguna gran obra con el título *Sobre la guerra civil* equiparable a *De la guerra*, de Carl von Clausewitz o a *Sobre la revolución*, de Hannah Arendt. Por cierto, como veremos, Clausewitz apenas se refiere a la guerra civil, mientras que Arendt directamente la desprecia, junto con la guerra a secas, como atávica y antimoderna. El poeta alemán de posguerra y comentarista político Hans Magnus Enzensberger (n. 1929) observó en 1993 que «no hay una teoría útil de la guerra civil»¹¹. Más recientemente, también el teórico político italiano Giorgio Agamben (n. 1942) ha observado que «hoy existe tanto una “polemología” —teoría de la guerra— como una “irenología” —teoría de la paz—, pero que no hay una “estasiología”, esto es, una teoría de la guerra civil»¹². También este

⁹ Collier, *Bottom Billion*; Rice, Graff y Lewis, *Poverty and Civil War*.

¹⁰ Mission statement, Centre for the Study of Civil War, Peace Research Institute Oslo, <http://www.prio.org/Programmes/Extensions/Centre-for-the-Study-of-Civil-War/About/>.

¹¹ Enzensberger, *Civil War*, 12.

¹² Agamben, *Stasis*, 2. Compárese Grangé, *Oublier la guerre civile?*, 7: «il est vrai que la guerre civile est occultée par les traités politiques»; Kissane, *Nations Torn Asunder*, 3: «There has been, in the history of thought, no systematic treatise on civil war».

tipo de lamentos es de antigua data. No es mi intención proporcionar una teoría que abarque el campo completo de la guerra civil, ni estoy en condiciones de aportar ese tratado aún sin escribir. Lo único que puedo hacer como historiador es desvelar los orígenes de nuestras actuales insatisfacciones, explicar por qué perdura nuestra confusión acerca de la guerra civil y por qué nos negamos a mirarla de frente.

Nuestra época exige un encuentro sereno con la guerra civil. Los trescientos años transcurridos entre 1648 y 1945 fueron una era de guerras *entre* Estados; los últimos sesenta años parecen ser una época de guerras estatales *intestinas*¹³. En realidad, es este el cambio más llamativo en los modelos de conflictos humanos durante siglos. Según una estimación ampliamente mencionada, la inmensa mayoría de los 259 conflictos que en el mundo han devenido en verdaderas guerras a partir de 1945 fueron en un comienzo conflictos internos. Desde 1989, apenas el 5 por ciento de las guerras del mundo ha tenido lugar entre Estados. Basta pensar en las guerras de los Balcanes de la última década del siglo o en las de Ruanda, Burundi, Mozambique, Somalia, Nicaragua o Sri Lanka, por ejemplo, para darse cuenta de lo importantes y mortales que han sido las luchas intestinas en nuestra memoria reciente, por no hablar del sufrimiento aún vivo de quienes padecen sus consecuencias. Para empeorar las cosas, las guerras civiles no suelen mantener mucho tiempo su condición de «civiles». En 2016, dieciocho de los cuarenta y siete conflictos internos, desde Afganistán hasta Yemen, fueron lo que se conoce como guerras civiles internacionalizadas, guerras que atraían fuerzas de los países vecinos o la intervención de poderes externos¹⁴. La guerra civil no respeta fronteras. En realidad, a menudo saca los países fuera de sí mismos, en la medida en que el conflicto expulsa de su casa a la gente en busca de seguridad. Las poblaciones desplazadas

¹³ Mason, «Evolution of Theory on Civil War and Revolution», 63-66.

¹⁴ Allanson, Melander y Themnér, «Organized Violence, 1989-2016», 576; Gle-ditsch, «Transnational Dimensions of Civil War»; Checkel, *Transnational Dynamics of Civil War*.

por guerras civiles —piénsese en los casi cinco millones de refugiados de Siria en el curso del conflicto en este país desde 2012— son las víctimas más visibles de ese desborde. La precariedad de sus condiciones de vida ha provocado una crisis que rediseñará Oriente Próximo, África del Norte y Europa durante generaciones. Los presentes desafíos a la seguridad y la estabilidad nos mueven a pensar que nuestro mundo no es un mundo en paz. Efectivamente, es un mundo en guerra civil.

* * *

A William Tecumseh Sherman, general de la Guerra Civil Norteamericana, se atribuye haber dicho que la guerra es el infierno, pero que con toda seguridad hay algo aún peor, una guerra *civil*¹⁵; y sobre esto ha habido acuerdo general a lo largo de los siglos. Las guerras intestinas se viven como más destructivas que las que se libran contra enemigos externos. Todavía en la estela que habían dejado las guerras civiles de Roma, en el siglo I AEC, el poeta Lucano, a partir de las ciudades destruidas, los campos abandonados y las multitudes desprovistas de todo, llegó a esta conclusión: «Jamás una espada extranjera se ha hundido / de esta manera: son las heridas infligidas por manos de conciudadanos las que más profundamente han penetrado». Las guerras civiles se asemejan a una enfermedad del cuerpo político que lo destruye desde dentro. Análogamente, Michel de Montaigne, el ensayista del Renacimiento, advertiría a sus lectores durante las Guerras de Religión en Francia: «En verdad, una guerra extranjera no es en absoluto tan peligrosa como una civil». Peligrosa y también moralmente degradante. Muy poco antes de la Guerra Civil Irlandesa de 1922, un anciano sacerdote se lamentaba en estos términos: «La guerra con el extranjero saca a la luz lo mejor y más

¹⁵ Mayer, *Furies*, 323 («If war is hell, then civil war belongs to hell's deepest and most infernal regions»); Kalyvas, *Logic of Violence in Civil War*, 52-53.

noble de una nación; la guerra civil, lo más vil y mezquino»¹⁶. Y aun cuando las batallas han cesado, dejan heridas que no curarán: «Me pregunto si hay guerra civil importante que acabe alguna vez», decía T. S. Eliot en 1947¹⁷. En 1970, durante una visita a España, el ex-presidente de Francia Charles de Gaulle estuvo de acuerdo: «Todas las guerras son malas [...] Pero las guerras civiles, en las que en ambas trincheras hay hermanos, son imperdonables, porque la paz no nace cuando la guerra termina»¹⁸.

No hay duda de que las guerras civiles son inhumanas, pero han sido tan extendidas y persistentes que no faltan quienes sospechan que se trata de algo esencial a la naturaleza humana. Como dijo Hans Magnus Enzensberger: «Los animales pelean, pero no se embarcan en una guerra. Solo los seres humanos —los únicos entre los primates— practican la destrucción en gran escala, deliberada y entusiasta de su prójimo». ¿Hay algo más característicamente humano, incluso más vergonzosamente distinto de los hábitos de otros animales, que convertir a los vecinos inmediatos en objeto de agresión? La guerra formal, protagonizada por ejércitos profesionales y limitada por las leyes de la guerra es un fenómeno moderno y reciente, pero tras esa apariencia se oculta una forma más básica y duradera de inhumanidad: la *guerra civil*. «La guerra civil no es simplemente una antigua costumbre —concluye Enzensberger—, sino la forma primordial de conflicto colectivo»¹⁹.

¹⁶ Lucan, *Bellum civile*, 1.31-32, en Lucan, *Civil War*, trad. Braund, 3-4 [Lucano, *Farsalia*, ed. a cargo de Sabastián Mariner, Madrid, Alianza Editorial, 1996]; Michel de Montaigne, «Of Bad Meanes Employed to a Good End» (*Essays*, 2.23), en *Essays Written in French by Michael Lord of Montaigne*, trad. Florio, 384 [«De los malos medios empleados para buen fin», en *Ensayos Completos*, 2.23, trad. Almudena Mantojo, Madrid, Cátedra, 2016]; Frank Aiken, 3 de agosto de 1922, cita en Hopkinson, *Green Against Green*, 273.

¹⁷ Eliot, *Milton*, 3.

¹⁸ De Gaulle, cita en Marañón Moya, «El general de Gaulle, en Toledo».

¹⁹ Enzensberger, *Civil War*, trad. Spence y Chalmers, 11.

Enzensberger escribía bajo la influencia del conflicto étnico en África y los Balcanes y no mucho después de los disturbios de Los Ángeles de abril y mayo de 1992, que estallaron tras la absolución de los oficiales de policía que el año anterior habían apaleado a un motorista afroamericano. Era precisamente el momento en que la violencia de seres humanos sobre otros seres humanos parecía alcanzar su punto culminante por doquier, en distintos continentes y en el interior de las ciudades, como confirmación del predominio de lo peor de la especie humana y corroboración de nuestro destino como protagonistas de guerras civiles. Se podía disculpar a Enzensberger por haber dado por supuesto que la guerra civil ha sido siempre nuestra compañera de viaje, pues los mitos originarios del mundo que implican violencia intrafamiliar son tantos —Krishna y Arjuna en el Mahabharata; Caín y Abel en el Antiguo Testamento; Eteocles y Polinices en la mitología griega; Rómulo y Remo para los romanos—, que en cierto modo sugieren que se trata de una violencia fundacional²⁰. Esos mitos pueden ayudarnos a captar las dimensiones emocionales del conflicto, pero no debería entenderse su permanencia como prueba de la inevitabilidad de la guerra civil.

También antigua, y por fundados motivos, es la reputación de la guerra civil como el más destructivo y agresivo de todos los conflictos humanos. En el momento álgido de las guerras civiles de Roma durante el primer siglo AEC, tal vez la cuarta parte de sus ciudadanos varones comprendidos entre los diecisiete y los cuarenta y seis años se hallaban en armas²¹. Diecisiete siglos después es probable que la proporción de la población inglesa que murió en las guerras civiles de los años cuarenta del siglo XVII fuera mayor que la que fa-

²⁰ Girard, *Violence and the Sacred*; Giraldo Ramírez, *El rastro de Caín*; Jacoby, *Bloodlust*; Esposito, *Terms of the Political*, 123-134. Como observa Bill Kissane, la expresión correspondiente a guerra civil del hebreo moderno se aproxima a «guerra entre hermanos». Kissane, *Nations Torn Asunder*, 7.

²¹ Osgood, *Caesar's Legacy*, 3, que cita a Brunt, *Italian Manpower*, 225 B.C.-A.D. 14, 509-512.

llecería más tarde en la Primera Guerra Mundial²². Y el total de muertos que se cobró la Guerra Civil Norteamericana fue, en proporción a la población, mucho mayor que el de las bajas norteamericanas de la Segunda Guerra Mundial, pues la cifra estimada de 750.000, sumando el bando del Norte y el del Sur, equivaldría a 7,5 millones de muertos para la población actual de Estados Unidos²³. Matanzas de semejante magnitud siegan familias, destruyen comunidades, modelan la configuración de naciones y pueden también dejar por varios siglos profundas cicatrices en la imaginación.

Sin embargo, hemos de ser prudentes a la hora de aceptar la idea de que la guerra civil es una parte inevitable de nuestra constitución, una característica y no un virus del *software* que nos constituye como seres humanos, pues eso sería condenarnos a sufrir la guerra civil para siempre y excluir definitivamente la posibilidad kantiana de lograr la paz perpetua. Con el fin de debilitar la idea de que estamos condenados a la guerra civil interminable antes que destinados a la paz perpetua, propongo aquí instrumentos históricos para afrontar el desafío de la guerra civil. En el curso de este libro nuestro que la guerra civil no es eterna ni inexplicable. Sostengo que se trata de un fenómeno colindante con su concepción histórica, desde sus desaznantes orígenes en la República Romana, su discutido presente y su probablemente no menos confuso o controvertido futuro. Tiene una historia con un comienzo identificable, aunque no sea posible comprender cuál será su fin. Un tratamiento histórico saca a la luz la contingencia del fenómeno, lo que contradice a quienes sostienen su permanencia y durabilidad. Me propongo mostrar que lo que los seres humanos han inventado, ellos mismos pueden desmontar; que

²² Braddick, *God's Fury, England's Fire*, xii.

²³ Faust, «Numbers on Top of Numbers», 997; Faust, *This Republic of Suffering*, xi. Neely, *Civil War and the Limits of Destruction*, 208-216, critica estas cifras, pero desde entonces Hacker, «Census-Based Count of the Civil War Dead», ha realizado una convincente revisión de ellas y ha elevado de 620.000 a 720.000 la estimación de muertos.

lo que la voluntad intelectual ha consagrado puede ser desentronizado por un equivalente esfuerzo de determinación imaginativa.

Mi objetivo no se limita a explorar la historia de la guerra civil, sino que aspira a señalar su importancia en la formación de nuestra manera de concebir el mundo. Afirmino que, pese a su índole destructiva, a lo largo de la historia la guerra civil ha sido conceptualmente generativa. Sin los desafíos que ella planteó, nuestras ideas de democracia, política, autoridad, revolución, derecho internacional, cosmopolitismo, humanitarismo y globalización, para mencionar solo algunas, habrían sido muy diferentes, incluso más pobres²⁴. La experiencia de la guerra civil —los esfuerzos para entenderla, mejorarla e incluso evitarla— también ha modelado, y sigue conformando hoy mismo, nuestras ideas de comunidad, autoridad y soberanía. Las guerras civiles tienen origen en profundas y mortíferas divisiones, pero también exponen identidades y rasgos comunes. Llamar «civil» a una guerra es reconocer la familiaridad de los enemigos en tanto miembros de una misma comunidad, esto es, no extranjeros, sino conciudadanos. «A la guerra civil es inherente una cierta atrocidad», observó el pensador jurídico alemán Carl Schmitt (1888-1985). Y explicaba: «Es una guerra entre hermanos porque se libra en el marco de una unidad política común [...] y porque ambos bandos beligerantes afirman y al mismo tiempo niegan su unidad común con igual rotundidad»²⁵. Este es el motivo por el que las guerras civiles nos horrorizan; no debemos subestimar el papel de las guerras civiles en su exigencia de reconocimiento de pertenencia común en medio de la confrontación, es decir, en la formación de una mirada que nos obliga a reconocernos en el espejo del enemigo.

Las guerras civiles han sido tan paradójicamente fértiles porque nunca ha habido un momento en que su definición resultara satisfactoria para todo el mundo o en que se pudiera usar sin cuestiona-

²⁴ Kloppenberg, *Toward Democracy*, 21-60.

²⁵ Clarendon, *The History of Rebellion and Civil Wars in England, Begun in the Year 1641*.